

Introducción: Ética y política en el quehacer arqueológico salvadoreño

Ramón Rivas Ph.D

¿Se hacen investigaciones arqueológicas en nuestro país? ¿Quién hace esas investigaciones y para qué se hacen? ¿Qué relevancia tienen esos estudios para el país en general? ¿Bajo qué parámetros teóricos y pedagógicos se hacen? ¿En qué medida sirven para reforzar la enseñanza formal en los estudiantes de educación básica y media? Estas son solo algunas de una serie de preguntas que me han entretenido durante los últimos años.

¿Muestra la instancia estatal encargada de velar por la conservación del patrimonio tangible e intangible de nuestro país, el interés necesario por la investigación arqueológica o simplemente deja pasar los años, entretenida en hacer “inspecciones” a lo largo y ancho de nuestro territorio nacional?

El Salvador es rico en vestigios arqueológicos, lo que lo hace atractivo no solo para el científico en estas áreas del conocimiento sino también para quien quiere profundizar en el estudio del pasado prehispánico.

Dentro de los lugares que contienen vestigios arqueológicos están los que se conocen como parques arqueológicos, que son espacios culturales en donde la gente puede llegar, debido a que han sido adecuados para el disfrute del visitante. Estos son Joya de Cerén (Departamento de La Libertad), San Andrés (Departamento de La Libertad), Cihuatán (Departamento de San Salvador), Tazumal (Departamento de Santa Ana), Casa Blanca (Departamento de Santa Ana). Hay otros que se han clasificado

como “sitios arqueológicos visitables” y que no están accesibles al público por las condiciones en que se encuentran. Estos son Cara Sucia (Departamento de Ahuachapán), Iglesia de Tacuba (Departamento de Ahuachapán), Santa Leticia (Departamento de Ahuachapán), Iglesia de Caluco (Departamento de Sonsonate), El Trapiche-Finca, San Antonio (Departamento de Santa Ana), Ciudad Vieja (Departamento de Cuscatlán), Tehuacán (Departamento de San Vicente), Quelepa (Departamento de San Miguel) y la Gruta de Espíritu Santo Corinto (Departamento de Morazán).

Por su parte, el número de espacios arqueológicos inventariados en el país suman 671 (según mapa de sitios arqueológicos de El Salvador elaborado por la entonces Concultura y CNR, noviembre de 2006). Por lo demás podemos afirmar que el número estimado de espacios arqueológicos en el país es de más de 900. Esto nos hace pensar que en nuestro territorio, de escasos 21.000 kilómetros cuadrados, cada kilómetro y medio en donde ponemos pie estamos pisando un espacio arqueológico. De ello, la necesidad de proteger, regular y promover el patrimonio cultural, a través de una Ley Especial de Cultura.

En cuanto a la investigación arqueológica, podemos decir que la

arqueología, por parte de nacionales y extranjeros —salvo con algunas excepciones—, está mediatizada. Desde hace ya muchas décadas podemos observar estudios descriptivos, en los cuales de una manera automática se suman de una forma mecánica los materiales que se encuentran sin mayor preocupación por la teoría que subyace a la práctica, la falta de preocupación por parte del arqueólogo de buscar la relación de la pieza encontrada y las comunidades que habitan en los sitios arqueológicos estudiados. Sería interesante preguntar al investigador qué premisas epistemológicas fundamentan sus estudios en *a* o *b* espacio arqueológico que estudia o ha estudiado.

En definitiva, podemos decir, a partir de los resultados que nos aportan muchas investigaciones arqueológicas, que tenemos un país marcadamente dividido en regiones que se han estudiado más, se han trabajado más y son los que permanecen abiertos al público, además son precisamente esos sitios arqueológicos más cercanos a San Salvador: San Andrés, Joya de Cerén, Cihuatán; en el occidente, pero también relativamente cerca de las grandes urbes nacionales: Tazumal y Casa Blanca. Se trata de sitios arqueológicos ampliamente estudiados y de los cuales aún hay mucho trabajo investigativo, algu-

nos de ellos más estudiados que otros, espacios arqueológicos que los arqueólogos curiosamente más los han definido a partir de las relaciones “estilísticas” y “tipológicas”, que no dicen mucho de la organización social ni de las relaciones económicas y territoriales de estas sociedades ni de los grupos humanos que produjeron los restos encontrados y mucho menos de los procesos históricos relacionados con las particularidades culturales presentes en estas regiones.

Durante el estudio de la arqueología aprendemos en base a los referentes bibliográficos y la experiencia de los expertos que el trabajo arqueológico presentado de esta manera resulta inútil a los docentes, a los estudiantes y en consecuencia, a las comunidades en general. Más bien este es ventajoso para quien investiga y para aquellas personas que de una u otra forma se han interesado en la colección de material arqueológico.

Es más, desde el punto de vista museográfico, estos estudios muestran un discurso que obedece solo a la visión del investigador quedándose muchas veces corto porque el espectador no logra establecer un vínculo entre los objetos encontrados y la realidad que vive el visitante y el lugareño. En el caso del visitante se pregunta ¿quién lo

hizo?, ¿por qué lo hizo?, ¿con qué lo hizo? Son preguntas que dejan mucho que desear y que no ofrecen respuestas concretas al establecer una conexión visual e interpretativa con los objetos. Es como que los investigadores generan conocimiento, descubren conocimiento y se llevan ese conocimiento sin retribuirlo o devolverlo a la comunidad. Así ha sucedido a lo largo de la historia, contada y ya publicada, de la arqueología en nuestro país. La gente solo dice, si mire ahí hay ruinas y no se más... Casos como estos escuché por parte de los pobladores cercanos al sitio arqueológico como Joya de Cerén, en donde la misma comunidad que rodea este importante sitio con el estatus desde 1993 de Bien Cultural Patrimonio de la Humanidad, dado por la Unesco, lo único que sabe es que se trata de un importante lugar pero más nada.

En definitiva, nosotros los arqueólogos no hemos podido con nuestros resultados investigativos dar los insumos necesarios para que sea comprendida de manera distinta nuestra historia cultural.

Una historia convencional para el beneficio de otros

Desde los primeros años de la Conquista y, posteriormente, con la Colonia, en el marco de la construc-

ción de un imaginario impuesto a la “nueva sociedad”, se negó de forma tajante y de manera deliberada la posibilidad del reconocimiento de las expresiones culturales edificadas de las poblaciones originarias. Las historias así contadas fueron aquellas que justificaron la imagen del occidente civilizador. Más tarde, algunos elementos son tomados como referentes para la construcción de la naciente nación que después de muchos traspiés, perpetuó aspectos del pasado que solo glorifican, tal como sucede hasta el día de hoy, el proceso independentista, negando de esta manera las culturas locales conformadas por los denominados indios, negros y mestizos y perpetuando así la visión de la historia desde una perspectiva occidental de civilización.

David Joaquín Guzmán Martorell es un ejemplo de los intelectuales que defendieron la idea de que lo peor que tenía El Salvador era la raza de los indígenas, pues estos en vez de trabajar para el desarrollo del país, con sus pésimas y arraigadas costumbres y actitudes, obstruían toda iniciativa de desarrollo, que había que educarlos.

La nueva realidad en nuestro país a nivel constitucional plantea la estructuración de la nación salvadoreña a partir del reconocimiento de los pueblos que habitan

el territorio, haciendo a El Salvador un país pluricultural que conlleva, en primer lugar, al reconocimiento explícito de todo un conjunto de comunidades relacionadas directamente con los pueblos originarios. La realidad es diferente, pues, en el año 2014, muchas comunidades se debaten en esa lucha por ser verdaderamente reconocidos. Hoy en día hay pueblos de origen nahua-pipil que son los únicos en el país, también existe un reducido grupo de familias, principalmente ubicadas en pueblos del occidente del país, que aún conservan su lengua originaria y muchas de sus costumbres ancestrales: los afrodescendientes, los migrantes árabes, chinos, judíos, etc., cuyas historias y culturas particulares se expresan en la cotidianidad. En segundo lugar, está el deseo y ña lucha de los pueblos originarios, principalmente los nahua-pipiles y los mayas, de hacer realidad ese nuevo enfoque en la administración del patrimonio histórico-cultural al vincular directamente a las comunidades en la designación de su proceso histórico y los referentes culturales del mismo. Esta nueva realidad plantea necesariamente una reflexión sobre la práctica de la arqueología y su objeto de estudio, en relación al proceso de conocimiento donde se está generado y su transferencia hacia las comunidades.

Hago referencia a esto porque, en la actualidad, la reconstrucción del pasado plantea un nuevo manejo en el discurso del conocimiento sobre este pasado y los elementos materiales, manejados tradicionalmente por las investigaciones arqueológicas. Al año 2014, no basta con la designación dada por los especialistas, en este caso el antropólogo o el arqueólogo, para definir lo que es patrimonio histórico-cultural y su valoración hacia las comunidades, locales y nacionales, sino que son los hombres y las mujeres donde el patrimonio se encuentra quienes van a contribuir en las interpretaciones de lo que se considere patrimonio histórico-cultural. Ello permitirá, en última instancia, a la redefinición de los procesos históricos y la identificación de estas comunidades humanas con su historia. Sin embargo este planteamiento no deja de tener una gran complejidad para su aplicación en la realidad concreta.

Esto nos lleva a reflexionar sobre dos puntos. El primero de ellos, es que con el reconocimiento de nuestro país como pluricultural se han abierto las puertas hacia el reconocimiento de pueblos que se encontraban excluidos del contexto que se reconocía como nacional, así como los procesos históricos que hacían posible tal reconocimien-

to; en segundo lugar, si se plantea que estas historias hasta hace poco eran parte de "otras" historias, cuyos elementos patrimoniales también se veían como el patrimonio de *los otros* y no eran tomadas en cuenta en la estructuración del discurso de lo nacional, en la actualidad esto implica una demanda de producción de conocimiento tendiente a incluir todos aquellos elementos considerados por estas comunidades como su patrimonio histórico y cultural. Si esto es así, la arqueología necesariamente tendría que comenzar a trabajar hacia el interior de nuestras comunidades sociales, es decir, trabajar con estos conglomerados humanos que no solo están demandando reconocimiento, sino conocimiento sobre ellos mismos, pero un conocimiento que pasa por el establecimiento de un diálogo entre las necesidades de las propias comunidades con su pasado y su inserción en el proceso histórico-social del presente.

Esto no es imposible, pues los pueblos que ahora habitan cerca de los sitios arqueológicos ya no se identifican con ese pasado prehispánico. Entonces, tenemos la tarea de hacer esa vinculación. Con ello lo que quiero manifestar es que las investigaciones ahora deben darse desde la perspectiva multidisciplinaria en donde la an-

tropología y la historia jueguen un papel de primer orden. Los arqueólogos debemos de tener en cuenta que nuestro quehacer investigativo no es ya una isla en donde solo los expertos en determinado sitio tienen cabida. Ya no podemos aceptar que un arqueólogo se apropie de determinado sitio arqueológico y con ello impida que otros se acerquen a ese lugar. Una arqueología de esa índole debe ser aborrecida y por ende, puesta fuera de lugar. No hay que olvidar que el conocimiento histórico juega un papel fundamental en la creación del sentimiento, en la elaboración de símbolos de pertenencia y la creación de epistemologías que permitan la vinculación con los elementos de la construcción de la identidad social, de tal manera que la historia y su construcción, sujeta la experiencia y la práctica en la percepción que se da en la vida cotidiana supone una consciencia social enraizada con la historia.

El reconocimiento de las distintas identidades e imaginarios colectivos que forman que se manifiestan en El Salvador y sus herencias históricas es un reto en la actualidad en nuestro país. Sin duda la arqueología tiene mucho que aportar para esto, por lo que se hace necesario plantear la discusión en el marco de esta nueva rea-

lidad en relación a nuevos enfoques y a la forma de aproximación de los aspectos que conforman la arqueología, como son el posicionamiento del arqueólogo y los intereses de las comunidades.

Se trata, en otras palabras de descolonizar la arqueología y para ello se tiene que pasar por un enfoque ético-político; ético porque demanda un compromiso social del arqueólogo sobre su quehacer, y político porque tenemos que tener presente que toda construcción de la historia conlleva un discurso ideológico. Lo vuelvo a recalcar, las investigaciones arqueológicas deben estar orientadas a tener una utilidad social que trascienda del simple conocimiento de los contextos arqueológicos y sus cronologías por parte de un estrecho círculo académico e intelectual que convive en nuestras universidades, museos e institutos afines y que le dé lugar a lo que hoy conocemos como el ser salvadoreño. La utilidad social de la arqueología salvadoreña pasa por situar a las comunidades originarias, en el marco de la construcción de los referentes históricos que le son propios y particulares, pero que a su vez permiten nuestro reconocimiento como parte de un colectivo.

En definitiva considero que solo el

reconocimiento de la historia vida desde la época prehispánica, la Conquista, la Colonia y la época republicana, enfocado en la herencia cultural, que reúne la diversidad de las formas sociales y logros materiales que se han acumulado dialécticamente para construir las diversas expresiones identitarias, pueden responder a la necesidad estratégica de darle a la educación actual, en ese gran deseo de que los jóvenes se apropien de su cultura y la hagan suya, un contenido positivo para la formación de la conciencia histórica sobre el pasado, el presente y el futuro de la educación en El Salvador.

Por lo que en el ámbito educativo el contacto con las propuestas escolares en torno a la arqueología, su método y eficacia comunicativa... de aquellos contenidos procedentes de la investigación que aportan elementos a la formación de los escolares, debería tener una presencia ineludible en toda reflexión que desde la arqueología se haga sobre la transmisión del conocimiento disciplinar, sea en un centro educativo, en un museo, en la presentación de un yacimiento e incluso en un *spot* de la televisión y en revistas de turismo dentro y fuera de las fronteras. Qué hacer para que el Ministerio de Educación incorpore seriamente en la currícula un co-

nocimiento más amplio sobre las culturas prehispánicas en nuestro país y la importancia de la arqueología, la antropología y la historia como ciencias claves para estimularla por medio de sus estudios que contribuyan a la apropiación de la identidad, esa identidad que tanto necesita nuestro país.

Creo firmemente que la arqueología es un medio para hacer que los jóvenes se sientan orgullosos de su pasado pero esto se da solo cuando hay apoyo del Estado, de la empresa y naturalmente de las universidades donde se crea el conocimiento.

En síntesis la arqueología salvadoreña tiene que producir, por un lado, un conocimiento científico de la historia y, por el otro, ese conocimiento tiene que ser socialmente útil.